

LA TABERNA

El capitán Barbanegra era un pirata grande, musculoso, con cara de pocos amigos, poblada barba y dueño de la taberna «El cojo veloz», la más cochambrosa de toda Isla Tortuga. Un local situado en el número dos de la calle de la Desgracia y por el que nadie asomaba la cabeza, a excepción, claro, de algún que otro despistado turista solicitando ayuda para llegar hasta el célebre Museo de Garfios.

—¡Por los lenguados de las Barbados! Cómo esto siga así, cierro el chiringuito y *san se acabó!* —refunfuñó Barbanegra mientras limpiaba la barra con un trapo que ya empezó a estar sucio el mes pasado.

—¿Pero también tiene un chiringuito? ¡Jo!, jefe, usted tiene de todo. ¿Y en qué playa está el chiringuito ese? —preguntó Alelado, un pirata pequeño y rechoncho que ejercía de camarero en tierra firme y de conrmaestre cuando Barbarrubia se veía obligado a embarcarse en su galeón en busca de botines con los que poder cubrir los gastos que le ocasionaba aquel ruinoso negocio.

—¡Qué diantres dices, cacho de carne con ojos! Yo no tengo ningún chiringuito en ninguna playa. Lo que digo es que, como hoy no entre nadie en la taberna, cierro el negocio.

—¿Pero también tiene un negocio? ¡Qué barbaridad! Pues ya se podía estirar un poquito y pagarme de una vez un sueldo decente. Porque con treinta y tres maravedíes al mes apenas me da para alquilar una habitación en una pensión medio decente. Al menos podría darme un maravedí más y así poder cobrar un real. No vea la ilusión que me hace decir que soy «realista».

Barbanegra prefirió guardar silencio. Había que estar muy alelado para hablar con Alelado cuando andaba alelado.

